La cocina

Carmen Villoro

Giramos alrededor de la cocina como los hombres primitivos en torno a la fogata. Aunque la estufa sea ahora eléctrica o de gas, la cocina sigue siendo un sitio cálido y luminoso cuyo poder imanta a la familia.

La palabra "hogar" significa esa parte del horno donde se quema el combustible, pero también quiere decir vivienda o vida familiar. El "calor de hogar" que se siente en la cocina no se experimenta en ningún otro sitio, y no me refiero al que genera la estufa, sino al que emana de todos los rincones de este espacio y nos envuelve con un vapor tibio y generoso que esta vez no llega al olfato sino al afecto.

En la cocina se generan los alimentos. Nuestros anhelos orales se ven gratificados por una olla de lentejas y un cántaro de agua. Volvemos a ser, en ella, el niño acogido en los brazos y amamantado largamente. A quienes preparamos la comida, la cocina nos permite prodigar, nutrir, ofrecer la temperatura de nuestra piel en cada desayuno, almuerzo o merienda.

La familia se reúne en la cocina. Tal parecería que, en contraste con la calle en donde nos perdemos en el anonimato y nuestra identidad se disuelve, en la cocina nos encontramos, nos reconocemos, volvemos a ser la tribu, la secta, los aliados contra la intemperie o el peligro.

Es el espacio informal de la casa. Si la sala es el templo en donde recibimos a los invitados con rituales que denotan respeto pero también distancia, la cocina es el lugar donde perdemos formalidad y ganamos cercanía. Junto al peltre y al teflón, entre el aroma del azafrán y del jengibre, no queda más que relajarse. ¿Cuántas reuniones sociales no terminan en la cocina? No todas, sólo aquellas en las que las copas y la conversación van rompiendo el hielo que en un inicio nos mantuvo alejados.

Los mejores amigos entran por la cocina, o a ella se dirigen. Les permitimos ver los platos sucios, las ollas en desorden. Nuestros amigos, los de deveras, saben que somos lo suficientemente chorreados para ser felices, lo suficientemente imperfectos para ser normales.

El hogar siempre tiene una flama encendida; se mantiene mientras comemos y mientras dormimos, cuando peleamos y cuando amamos. Estaba prendida mucho antes de que naciéramos y seguirá palpitando cuando hayamos muerto. Y siempre habrá hombres y mujeres que se sienten a su alrededor a compartir anécdotas, hallazgos, desventuras.

La comida y el erotismo

Cualquiera que ha tomado un café capuchino ha mirado extasiado el pequeño torbellino que se forma en el vaso una vez que el azúcar rompe con su propio peso el lecho de espuma sobre el que segundos antes reposaba. La comida no es nada más lo que llevamos a la boca, sino toda esa serie de magias, asombros y rituales que acompañan el acto de comer, unido por un lazo invisible al erotismo. La comida, como el cuerpo desnudo, es una fuente inacabable de estímulos que despierta todos nuestros sentidos. Comer es un acto sensual, bien lo saben los *chefs* y los *gourmets*.

El ritual empieza con el arreglo de la mesa; nuestra digestión comienza desde el momento en que apreciamos los colores del mantel y termina hasta el momento de la bendición del café. Nuestra vista se inunda con las diferentes formas, brillos y tonalidades que nos ofrecen los platillos. El oído también participa en la fiesta: cuando se sirve el agua con hielos en el vaso, cuando se escancia el vino, cuando el pan dorado o la tortilla crujen sólo para nosotros. No se diga los demás sentidos, el olfato, el gusto y hasta el tacto participan en una especie de ceremonia a la



sensualidad. Igual sucede en el amor y no es raro que el acto sexual vaya precedido de una cena romántica o sucedido por un cigarro o una copa. Muchas de nuestras experiencias amorosas están vinculadas a un *bouquet*, a una marca de cigarros, al nombre de un café o de un restaurante.

La comida y el erotismo se unen especialmente en momentos gloriosos como la cena de Navidad y de Año Nuevo, en donde la botana, cada uno de los guisos, los postres que siguen al plato principal, así como los vinos, se consumen con una euforia orgiástica. El pavo relleno con salsa agridulce, la ensalada de manzanas con nuez y pasitas, el espagueti con crema y queso parmesano y los turrones de almendra son venerados con intensidad sacrílega; en Año Nuevo nos llenamos de luces de Bengala, silbatos y gorritos, pero la cena sigue siendo la parte principal del festejo y no nos medimos en consumir los manjares expuestos sobre la mesa. Llevamos el placer hasta el exceso, el desorden, la muerte simbólica porque como el Ave Fénix, esperamos renacer con el ciclo que empieza.

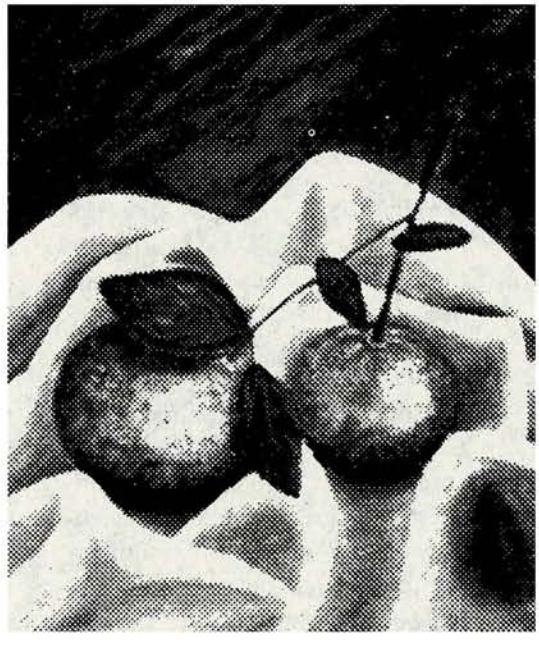
La comida y el afecto

Comer no es solamente un hecho fisiológico. Cuando comemos, procesos emocionales tan complejos como la afectividad se ponen en juego; nuestro contacto con la comida dispara no solamente el mecanismo biológico de las glándulas salivales, sino también toda una serie de sentimientos que pertenecen al área psicológica. ¿Por qué un olor, un sabor, una textura en los labios nos regresan, como a Marcel Proust, a la casa de la infancia, el cariño de la abuela, la libertad de la adolescencia?, ¿por qué los alimentos son anclas tan poderosas? Recordemos que la primera relación que se establece entre el bebé y la madre es una relación de este tipo. El afecto, la seguridad, en resumidas cuentas la salvación se da a través de la comida, por eso el acto de comer está muy cargado de afectos desde el principio. El amamantamiento funde por primera vez el placer oral de ser alimentado y el placer del contacto corporal; aun cuando el niño sea alimentado con el biberón, la madre tiene que cogerlo entre sus brazos, estar muy cerca, y el niño percibe no solamente la plenitud que llena el vacío del estómago, sino también el olor de la madre; lo que empieza en la boca se irradia a todos los sentidos, alimentando el alma del pequeño. Durante toda la infancia la comida está en relación directa con el amor de nuestros padres y también con su desamor.

Existen platillos cuya significación es inequívoca en términos de afecto: los chilaquiles pueden ser, por ejemplo, un signo incuestionable de felicidad en el hogar, mientras que el batido con huevos crudos puede ser la materialización misma de la incomprensión. Cuando somos adultos añoramos los platillos de la infancia y somos capaces de cambiar cualquier manjar del mejor restaurante por la gordita, las torrejas o la sopa que conservan en su fórmula el olor de las manos de aquellas personas que nos quisieron tanto. Cuántas veces no hemos utilizado un dulce para calmar el llanto de los niños. Nuestros cumpleaños se coronan siempre con un pastel; así sabemos que nos quieren. Que la fecha de nuestra llegada al mundo no ha pasado inadvertida. En torno a la comida se generan conflictos psicológicos de peso (por su importancia y también por aquello de los kilos) como la obesidad, el tabaquismo, la anorexia, la bulimia y el alcoholismo, todos ellos de tal manera entretejidos con problemas en el área del afecto, que es imposible entender lo uno sin hacer caso de lo otro. Las personas nos procuramos cariño a través de la comida, nos acariciamos, nos acunamos, nos hablamos suavecito a través de unos buenos tacos o de un amable vaso de vino.

La comida y el control

"El amor entra por la boca", sabemos las mujeres y nos empeñamos en hacer pasteles en forma de corazón, y gelatinas de nuez para que el hombre se quede a nuestro lado. Cuando nos casamos aprendemos a hacer los guisos de nuestra suegra para que nuestra casa vaya adquiriendo la atmósfera necesaria para que no se regrese a casa de su mamá. A través de la comida amamos pero también controlamos, las que cocinamos sabemos que ciertos platillos son estupendas trampas de miel y por eso, aunque nos quejamos de tener que cocinar, difícilmente nos quitamos el mandil. Muy interesante es el combate que se establece entre la patrona y la sirvienta, en cuanto a la decisión del menú y la cantidad de ingredientes que debe llevar cada platillo. Muchas veces, cuando una se descuida, la otra le pone más sal a las albóndigas y cuando ésta ya dijo que no, la otra, subrepticiamente, le da el chocomilk al niño, ganándose con ello su cariño.



A veces confundimos la comida con el afecto y nos enojamos cuando a uno de nuestros hijos no le gusta la avena que le preparamos con tanto cariño, como si lo que rechazaran fuera nuestra persona y no el platillo. Se generan verdaderas dificultades en la relación de madres e hijos cuando éstos son de poco comer y aquéllas insisten en quererlos a base de sartén y mantequilla; los excesos se encuentran retratados en el estereotipo de la *idishe mame*, la madre yucateca o la matrona italiana pero no nos es ajeno a todas las madres.

Ser cocineras nos otorga poder, y ser buenas cocineras más todavía, así como que no quiere la cosa desde nuestro cuartel general que es la cocina diseñamos la alimentación y los hábitos de nuestros hijos para toda la vida, mandamos al campo de batalla las loncheras muy bien armadas de tal manera que cuando el niño la abre desde su aparente independencia escolar, nuestra presencia se impone con una torta de jamón, pastel de zanahoria y agua de limón.

El aferrarse a ciertos hábitos alimenticios puede ser, en niños y adultos, un acto de afirmación. Ciertas dietas llevan consigo un signo claro de protesta y de búsqueda de libertad, así como también la flexibilidad de los hábitos y el gusto por probar siempre cosas nuevas son signo de la tolerancia que reinó en aquel primer reino que habitó aquella cocinera de nuestros primeros años.◆